

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLOGIA
ARTE



SUMARIO:

En el banquete Zola.....	A. France
Ante la imagen de Salmerón.....	E. Noel
Rochefort.....	G. Calderón
La ley del número.....	R. Mella
Nobles, doctores y aldeanos.....	P. y Arsuaiga
Anhelos Hondos.....	L. Chavarria
La oreja de Amargoso.....	E. Noel
Suicidio de un poeta.....	N. Desmenjéz
Para que se compare.....	El Libertario
Acusando recibo.....	La Dirección

F. HERNANDEZ

20 | Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

Acusando recibo

Conferencia pedagógica desarrollada en el Ateneo Barcelonés el 5 de abril de 1913 por Federico Climent Ferrer.—Es un elogio de la obra. ¡Siempre adelante! del Dr. Marden.

“Marden no se limita a representarnos el ejemplo de los mártires, caudillos y héroes de la antigüedad, sino que recuerda episodios de hombres contemporáneos en demostración de que la voluntad humana aliada con la perseverancia triunfa de la adversidad y del infortunio. Porque no solamente es digno de admiración y loa el heroico caudillo que conduce sus tropas a la victoria, pues otras luchas hay de callado heroísmo tanto o más gloriosas, y estas son las luchas del hombre contra las rebeldías de la naturaleza y los embates del infortunio. A éstas se refiere principalmente la obra del doctor Marden, cuya lectura estimula a la imitación de altos ejemplos.

Estos ejemplos enseñan a los niños que los bienes materiales son un medio, no un fin, y por lo tanto perfectamente compatibles con la riqueza moral, siempre que se apliquen en provecho de la humanidad.”

Hispania, the journal of the spanish-speaking World (política, comercio, literatura, artes y ciencias).

Director: S. Pérez Triana, 7 Sicilian Avenue, Southampton Row, Londres.—Es, sin duda, uno de los mejores periódicos escritos en español. Oigamos al ilustre Director a propósito de la invocación hecha de la Doctrina Monroe en telegramas recientes muy conocidos:

“Ya pareció aquello. Había tardado en salir la doctrina, invocada cada vez que se prepara algún ultraje al decoro internacional. Esto también es castizamente puritano. Cuenta el historiador Morley, que cuan-

do “los Santos”, como modestamente se llamaban a sí mismos los soldados de Cromwell, se encerraban en sus fortalezas y castillos a rezar, a leer a voz en cuello el Viejo Testamento, y a invocar a gritos al Jehová judaico, haciendo así estrepitoso alarde de piedad religiosa, las poblaciones temblaban, porque todo eso era indicio seguro, precursor infalible de degollinas, incendios, saqueos y demás medios consagrados para el triunfo del verdadero Dios, del Dios de los Ejércitos, es decir, de las colectividades exclusivamente organizadas para matar hombres.

La Doctrina de Monroe fue proclamada en un solemne momento histórico, ante las inminentes reivindicaciones del despotismo tradicional y dinástico, que amenazaban a los pueblos todos, y en especial a los de la América hispana. La Doctrina Monroe llena hoy su cometido en cuanto defiende el Continente americano de la colonización política europea; cuando se la invoca para violencias, despojos y engaños se realiza la prostitución del nombre, pero no la de la doctrina. Los tiranos y los demagogos, en días de terror, asesinan en las calles y plazas y en las prisiones en nombre de la libertad, sin mancillar más que sus propias manos de verdugos; la más excelsa doctrina que jamás oyeron oídos humanos, se invoca para matar y torturar; Torquemada y Calvino encendieron sus hogueras infames invocando la doctrina del Maestro; no la mancha la sangre, ni la empañan el llanto, ni la ennegrece el humo fatídico; y el Sermón de la Montaña persiste, sus cláusulas sonoras llevan, volando en el seno de los siglos, el mismo eterno mensaje de esperanza y de consuelo que hace dos mil años estalla del divino labio.”

LEA 'LA LINTEANA'

San José, Costa Rica

10 Septiembre 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 65

En el banquete Zola

Señoras:

Queridos amigos:

Reunidos para celebrar el 5º aniversario de la entrada de Emilio Zola al Pantheon, queremos asociar en un mismo homenaje la memoria del gran escritor que dedicó su vida a la acusación del crimen triunfante y la memoria de la compañera que lo igualó en corazón, mujer admirable que en los peores momentos de prueba supo unir a la gracia exquisita el más varonil valor.

Mi tarea, ya lo bastante bella, se reduciría a este doble homenaje, si yo no reputara honor el saludar a cuantos aquí venidos, fieles al recuerdo de Emilio Zola, prueban que no se arrepienten de su virtud de ayer.

¡Ah! no basta, como tantos piensan, ser justo una vez por todas. No, hay que resolverse a recomenzar cada día.

Ciertamente, no sienta bien a hombres el hacer profesión de justicia. Expuestos al error, como todos, no nos pondremos de ejemplo. Pero disminuirémos las probabilidades de errar si evitamos las dos causas principales de los yerros humanos: el miedo y el egoísmo.

Y todos los enemigos de la justi-

cia y de la verdad cambian tan poco, que es siempre fácil reconocerlos. Cuales eran cuando el Asunto Dreyfus, tales los encontramos hoy. Son siempre aquellos mismos fautores de desorden y de odio, aquellos sembradores de pánico, aquellos artesanos de desastres, aquellos agentes de provocación, de agitación y de atentado, aquellos tartufos del patriotismo, enteramente listos todavía a asesinarlos con hierros benditos.

Ciudadanos, os toca a vosotros, bajo la inspiración de los grandes ejemplos que hoy conmemoramos, os toca a vosotros defender de las maniobras de ellos la paz y la libertad, el derecho del pueblo, el patrimonio de la patria y las conquistas de la humanidad entera.

Por salud pública y salvaguardia de la civilización, apelaréis, no a los gobiernos de violencia y de reacción ni a los patriotas de negocio, sino a todas las fuerzas, físicas, científicas, morales, de nuestra grande y generosa democracia, de nuestro robusto proletariado, y se verá de qué lado están los mejores franceses, y se verá de qué lado están los más firmes defensores del suelo que tanto amamos y del genio nacional.

Anatole France.

Julio de 1913.—E. J. R.

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social

Ante la imagen de Salmerón

—Dejémosle tranquilo allá lejos, en el rincón del polvoriento cementerio civil.... Entretanto, las fuerzas vivas interiores que encendió aquel impulso de divina energía, y que parecían no dar señales de sí, van y van trabajando en las profundidades abismales, hasta que llega a subir su obra a flor de tierra. Entonces es el día, para unos, de hablar, y para todos, de acordarse.

(Giner de los Ríos-Salmerón, 1911.)

“La reverencia y el amor de un ideal ético y el deseo de realizarlo en la vida...” “No es más piadoso quien habla más de Dios, sino quien lo ofende menos.”

Frases de Huxley y Concepción Arenal citadas por el señor Dato en su oración fúnebre por Salmerón. (*Diario de las Sesiones*, lunes 12 octubre 1908.)

Dichosa la nación en donde surgen hombres de este temple para servir de modelo a las generaciones sucesivas.

(Max Nordau.—París, 10 octubre 1909.)

La vida política de Salmerón no es otra cosa que la lucha entre un verdadero hombre de genio y nuestra abyecta clase media. Su vida contemplativa es el combate entre su conciencia europea y el alma cristiana de nuestros grandes políticos. Fué un santo laico. Fué más; fué el primero de los profesores de la energía. Cuando se le estudia hoy, preciso es medir las irradiaciones de su

espíritu por electrones, como se cuenta la vida de Buda por aquellos célebres días, cada uno de los cuales es la unidad seguida de cien ceros. Hizo prodigios, como los santos. ¿Cuáles? El mayor que se puede realizar en esta España miserable: unir la conciencia a la acción, no entregar a las circunstancias—que son la obra de las masas— la conciencia, que es la obra del espíritu. En cada uno de esos conflictos España temblaba; pero él salvaba su alma de la tentación. Durante muchos años estuvo nuestra patria pendiente de sus labios para entregarle su corazón andaluz, que todo lo echa a perder con sus ráfagas pasionales; no quiso ceder, no habló jamás en flamenco. Como no le entendieron, le aislaron. En su soledad nolanzó trenos isaíacos; empleó el tiempo mejor, meditó. La meditación no se conoce en España si no es en su sentido religioso; su religión se llamó filosofía. Kant no tuvo nunca un discípulo más ideal. Del aula de Sanz del Río salió en posesión de una conciencia de acero; del aula de Krause trajo la acción. No basta ser capaz de comprender la verdad, es necesario hacerse digno de la verdad. No es suficiente poseer la sabiduría, es necesario que todos nuestros actos merezcan el dictado de sabios. La ciencia sufre profundas revoluciones. La Metafísica no cambia. En este concepto inmutable de las cosas, se produce la Moral. Al movimiento desordenado de las circunstancias se llama Destino; al movimiento ordenado de las almas, Conciencia. Puesto enfrente el uno de la otra, ¿quién vencerá? El individuo. Estos vencedores son muy escasos. Salmerón venció, se hizo dueño de sí mismo. Si logró esto evolucionando difícilmente, nos importa muy poco. Si España peligró por esta causa, nos importa menos.

Nunca tuvo necesidad de orientar su conducta en esta tempestad perpetua de la política española. Llevaba en sí el rumbo y las tablas de navegación. Los ignorantes le odiaban y decían: "Es ininteligible." Los logreros sentenciaban pomposamente: "Es un metafísico." Los mismos que le admiraban, que no tenían otro remedio que llamarle jefe, murmuraban: "No es un político." En la banda de los canallas de los ojos bajos se decía: "Es un visionario." La muchedumbre, que en España, por ineducación y flamenquismo, es ejecutiva y sumarísima, se alejaba de él, siguiendo a los loros, los sapos, las cotorras y las marionetas; cuando estas alimañas la conducían al desastre, volvía a Salmerón. Mientras tuvo esperanza perdonó siempre. Un día, en 1897, perdida su fe en la raza maldita, que es del último que llega, como sus mujeres, la fustigó siniestramente y sobre los verdugones que levantó no ha vuelto a nacer la piel.

Su cráneo maravilla: es poderoso, cuadrado, hermosísimo. El espíritu se hincha en los ojos, que salen de las órbitas ansiosos de observación. Los mismos ojos tuvo Sagasta; pero el rayo de luz de sus ojos era cobarde, tortuoso, lleno de malicia e ironía. La expresión salmeroniana es franca, dura, legal, fija. Disgusta observarla, porque parece negada a la bondad y al perdón; mas en esa mirada inexorable brilla el genio de la idea hecha cifra. Es implacable con lo que debe ser implacable. ¿Con los demás? No; consigo mismo. Esos ojos tienen el estrabismo de los grandes pensadores: miran hacia dentro. Quien los cree tener puestos en su persona, se equivoca. Es como si la pupila se ladeara o poseyera el iris una franja cristalina en bisel, y la cosa observada pasara al espíritu por una puerta atornada, de través. Los órganos de los sentidos acusan su gran capacidad asimiladora. Su frente es divina, científica, in-

mensa: hace recordar la frase de Hugo: "Mucha frente en una cara es mucho cielo en un horizonte." El pensamiento aró esa frente horizontal y verticalmente. La bóveda del cráneo es de una perfección absoluta: no se echa atrás a costa del cerebello, no abomba el cráneo, se yergue sobre la calavera cuadrada con una majestad imponente de santuario oriental. Lo que se guarda bajo tal cúpula es por necesidad bueno, bello y verdadero.

Además de esto, fue un artista; supo expresar lo que sentía. Su instrumento fue la palabra. Habló como escribió: esto es excepcional; en España, un asombro, un nuevo milagro. Sus discursos tienen la sencillez sublime de la verdad soberanamente dicha, sostenida y preconizada. Su lenguaje es el de un apóstol, el de un humanitario, el del mártir. Unió tan bien la sabiduría a la fe, que si ésta es creer lo que no se ve, la suya era ver lo que no se creía. Tuvo el don de la videncia, que, como todos los dones, era producto adelantado y expreso de un hondo y detenido cálculo interior. La complejidad hegeliana, las formas krausistas, el desenvolvimiento rígido, inflexible de su pensamiento, alarmaban. Leerle es oírle. Sabía lo que hablaba, lo había vivido. No lo sentía, no. Sentir lo que se dice es de un mérito inferior a saber lo que se dice. La mayor parte de los sapos de la política española han sentido lo que decían; pero su ciencia ha sido poca, escasa, de tercer orden. Salmerón luchó con sapos. Los gigantes de su tiempo eran tan altos, que mientras tenían la cabeza en la luna y hablaban a gritos de lo que allí sucedía, obraban en España con los pies y arreglaban los sucesos a patadas. En aquellos tiempos ocurrían profundas revoluciones en el pensamiento universal, y nadie se enteraba; la prueba es que el mismo Castelar, vencedor ya Wagner, se "andaba en Donizetti y Bellini." En aquellos tiempos

sólo dos hombres y medio sabían de esas transformaciones; él y Pi y Margall; después, Pi y Margall que era el hombre y medio. Salmerón hablaba esculturalmente, cincelaba mal; pero desbastaba los bloques vírgenes sin cuidarse de que los fragmentos herían, tal vez buscándolo. Conocía la eficacia de oposición que parece entrañar nuestro lenguaje, y usaba de él, consciente de su fuerza agresiva. No escoge los vocablos, pero su pensamiento encuentra la palabra propia siempre. El castellano es difuso, ineficaz en sus adjetivos, en sus abundantes sustantivos de varia significación; pero es certero, implacable, único en sus palabras propias. La feliz substantiación del pensamiento y la palabra decolora, pero recorta. La luz se quebraba en su palabra como en el bronce, polarizándola; esto es muy hermoso para quien gusta de la verdad desnuda. Los que ponen a la belleza hojas de parra van a buscarla a los jardines, y nos describen antes cómo son los lugares, los árboles y sus cercanías. Salmerón fue grave, sincero; su apostolado, a nada comparable. En Europa no tiene quien se le parezca, a no ser Fichte, y ello con restricciones.

Los que alzaron la estatua a Castelar debieron colocar a Salmerón en lugar del gran tribuno; sentado y con los brazos cruzados, a Pi y Margall, y en el sitio en que la mujer desnuda escucha, al autor de la **Fórmula del Progreso**. Esto hubiera tenido el inconveniente de la gordura de Castelar; pero así ese monumento valdría la pena. ¿Por qué no se entendieron aquellos tres grandes hombres el día del triunfo? Porque aquellos días necesitaban un Dantón, un Marat y un Robespierre. Los que deseen estudiar a nuestro pueblo deben profundizar por qué el pueblo no pudo producir

hombres como esos. Castelar se entregó a su pasión favorita: la de hacer creer a España que era el primer país del universo en pájaros, flores, frutas y santos. Pi y Margall estudiaba las diferencias fundamentales que separaban, no sólo las regiones entre sí, sino los individuos mismos. Salmerón, dueño de sí mismo, laborioso, armónico en sus facultades intelectuales, como un atleta en sus músculos, empleaba su fuerza en destruir concienzudamente la obra de los dos. Los tres cumplían con su destino. Ninguno de los tres pudo poseer nunca la confianza del pueblo más flamenco de la tierra. Estaban a cien leguas de él. El pueblo no los entendía; se embriagaba oyéndolos. La clase media se abstenía o intervenía, como los dioses de la comedia antigua. Salmerón fue vencido, arrollado. En Alemania hubiera dado días de gloria a aquella privilegiada nación, que todo lo mucho bueno que tiene se lo merece. En España hizo lo que pudo, y como él nunca fingió hacer más de lo que sabía, murió sin ver de nuevo la República en España. Pero él ha dejado herencia a los jóvenes. Aunque la Biología experimental marque a la Moral de nuestros días una ruta desconocida; aunque la Metafísica vaya dejando su lugar a la Química biológica, siempre tendremos en el corazón aquel ideal suyo de hacer una religión de la conciencia, después de haber hecho sabía la conciencia con la cultura. Nos legó ese ideal, que nos lleva al martirio como le llevó a él. Porque si hoy no existe un hombre de su genio, en cambio los sapos que le babearon e inutilizaron la Revolución han engordado tanto y tantas escamas tienen defendiendo su barriga, que recuerdan los ictiosaurios de las épocas primitivas.

Eugenio Noel.

En la **Librería Falcó** están a la venta 500 tomos de la Casa Editorial F. Sempere y C^ª. El próximo número publicaremos los títulos y precio.

Rochefort

Los periodistas nos dicen que con Henri Rochefort, ha muerto el último director del bulevar. Tal vez es sólo una galantería. Rochefort ya no dirigía nada. Era una ruina blanca. Con su penacho cano, la romántica perilla en el rostro enjuto, parecía un hidalgo escapado como Droulède—otro español—de una novela de Pereda. Se le miraba como al sobreviviente airado y anticuado de una edad en que derrotaban a un ministerio con chanzas, sacrificaban la libertad por una idea y Catulle Mendés podía batirse sin ridículo con quien aseguró que Hamlet era gordo. Todo ¡ay! lejano como las Grazielas y las crinolinas.

Setentón, amarillento de años, nublados ya de sombra aquellos ojos chispeantes, seguía esgrimiendo su ironía que envejeciera como él. Sus garras estaban ya melladas. No ponía en jaque a un ministerio con un editorial. Nadie pensaba en desterrarlo. Y él repetía, con más nostalgia que vanidad, en sus artículos:

—Cuando derrocamos al Imperio.

Este plural era aparato de modestia, porque estaba seguro—y podemos estar de acuerdo con él—que su *Linterna* en milesde ejemplares llevó el incendio a toda Francia. En el fondo, imagino, no se consolaba de haber triunfado. Hay hombres nacidos para padecer persecuciones por la justicia. Dadles razón y quedarán desesperados. Este había derrocado el Imperio. ¿Contra quién luchar ahora? Su clima espiritual no era el reposo del triunfo sino el combate, como para esos *grognards* licenciados por Napoleón, que no podían resignarse a guiar en paz su arado. Entonces naturalmente, forzosamente, quemó lo que adoraba, casi adoró lo que había quemado y lo vimos, en sus últimos años, combatiendo a una república de la que había sido responsable. No se diga que los desaciertos republi-

canos justificaban su actitud. Él hubiera atacado a la república de Plátón, a la ciudad ideal de San Agustín o de Campanella, porque había nacido para oponerse, intransigente y sardónico, dispuesto como Voltaire a comprometerse por el éxito de una burla y a vivir contento en el destierro si todo París reía bien su último artículo. ¡Ay! París ya no le escuchaba ni los gobiernos le temían. Es una historia triste como la vejez de los gavilanes.

En la infantería de libelistas que va de Paul-Louis Courier a Leon Bloy, tuvo sólo misión de guerrillero. No atacaba en gran estilo, orquestando los periodos con sonoridades de Bossuet como el primero; ni poseía la "elocuencia fecal" como el segundo denomina a su propia exorbitancia cuando abre en avalancha los diques del diccionario. Su ironía fue ligera, su estilo rápido. Nadie puede considerarle gran escritor—y ya Laurent Tailhade ha juzgado que sólo su nombre quedará—sino como el más infatigable de los periodistas, el periodista-modelo, el que es capaz de escribir, sin auxilio de enciclopedias, de pie, en veinte minutos, con rechinante pluma, sobre cualquier tema humano, una crónica amable.

Fué sólo un periodista. ¿No pudo o no quiso ser más? Difícilmente lo imaginamos torturándose por buscar el adjetivo preciso que propone La Rocheroucauld al literato verdadero; conduciendo a la gloria con la cartaginesa lentitud de Flaubert, la frase de lápida y de bronce que es una estrofa sin rima. Duraba también lo que las rosas del poeta—el espacio de una mañana o de una tarde—esta prosa concebida sin dolor. Escribió todos los días de Dios, se desayunaba con diez cuartillas. Si hubiera sido yanqui, ya estarían calculando en la prensa el número de millas que medirían sus páginas

alineadas. La vuelta al mundo, quízás. Y cuando se piensa en las resmas de papel ennegrecido por este hombre, cuando se imagina el fabuloso esfuerzo diario y se suman sus días y sus páginas, nos llena de melancolía el pensamiento de que todo fué ceniza. Nada queda. Otros escritores envejecen pero no mueren. El día en que los cuarenta volúmenes de Chateaubriand o Flaubert no tengan casi lectores, conmoverán

en las antologías perennemente, el entierro de Atalá o la muerte de la señora Bovary. De Rochefort como de casi todos los periodistas—victimas de una actualidad que los embriaga y los devora—sólo queda un nombre borroso y dos o tres ironías envejecidas.

Ventura García Calderón.

(De La Revista de América.)

La ley del número

II

Afirmase por los mantenedores de esta pretendida ley, que las mayorías, o más bien las pretendidas mayorías, gozan de ilimitación en sus derechos, y la práctica prueba ciertamente su aserto.

Sin embargo, las leyes casi nunca se las cumple; la mayoría de los hombres las esquivan; los más enérgicos las repudian. ¿En qué consiste esto? En la imposibilidad real de comprender en una o en varias leyes la inmensa variedad de los intereses, de las costumbres y de las condiciones. Cada individuo, cada colectividad, tiende a diferenciarse produciéndose de distinto modo; mientras que la ley trata de uniformarlos y obligarlos a obrar y conducirse de una misma manera. Los intereses comunes no pueden ser reglamentados uniformemente, porque la comunidad no es nunca tan estrecha que no suponga fraccionamiento y serie, divergencia y oposición. Para que la identidad de los intereses se verifique, es necesario que, viniendo de abajo, se establezcan relaciones de solidaridad voluntaria y espontáneamente de individuo a individuo y de grupo a grupo, de forma que alcancen a comprender en una resultante más o menos definida todos los miembros sociales. Entonces, en esta organización seríada de las partes, cada una de éstas

habrá conservado su sello especial y su personalidad, esto es, toda su libertad. La rebelión, falta de verdaderos motivos determinantes, dejará así de producirse, tanto más cuanto que aquella organización no sería por su naturaleza misma inmutable, sino el producto consciente de la voluntad de sus componentes en cada momento de tiempo y en cada lugar manifestada. Pero este procedimiento es precisamente opuesto a la regla de las mayorías, como que se genera en la personalidad libre y en ella tiene su asiento, y por tanto constituye la negación rotunda del derecho de legislar atribuido a aquéllas.

Pues sometamos al análisis la cosa negada, a trueque de evidenciar luego la justicia de la negación.

Reduzcámonos a los límites de un país cualquiera.

A todos los que vivimos en España, por ejemplo, nos interesa mantener relaciones comerciales con los demás países. ¿Qué haremos? ¿Decidiremos el pleito a favor del libre cambio? ¿Votaremos por la protección? El asunto es de la mayor trascendencia y debería augurar un acuerdo casi unánime. No obstante, las opiniones se dividirán grandemente; unos querrán comer y vestir barato sin pensar en la paralización del trabajo nacional; otros querrán fomentar este trabajo, importándo-

les un bledo la carestía del pan, de la carne, del vino, del vestido, etc. ¿Tendrán aquellos derecho a imponernos la holganza forzosa y la miseria? ¿Lo tendrán éstos a obligarnos a trabajar como bestias y a pagar muy caro lo que producimos muy barato para concluir también por la holganza y el hambre cuando las consecuencias del sistema hayan llegado a su límite?

Según los partidarios de la ley del número, la verdadera solución la poseen unos cuantos millares de imbéciles que por ser los más gozan del supremo derecho de gobernarnos. La mayoría, en efecto, es la llamada a decidir cómo se va más pronto a la miseria general; la mayoría acordará, con razón o sin ella, que el país perezca o por abundancia de productos importados o por insuficiencia de los de propia fabricación; la mayoría tendrá el bárbaro derecho de condenarnos a muerte por hambre; la mayoría estará revestida de poder bastante para hacer lo que se le antoje sin miramientos ni cortapisas de ningún género.

Examinemos otro ejemplo.

A todos los españoles interesa por igual vivir en paz con los otros pueblos. Pero en la China, supongámoslo, asesínase por fas o por nefas a unos cuantos españoles. Los ánimos se exaltarán, y como siempre, los patriotas, sin perjuicio de quedarse en casa tranquilamente, clamarán venganza. Las gentes de buen sentido, o lo que es lo mismo, la minoría—hablamos siempre en la hipótesis del régimen de las mayorías supuesta verdadera— pensarán que la muerte dada a unos cuantos españoles por otros tantos chinos no es motivo bastante para mandar irreflexivamente al matadero de una guerra de exterminio a dos pueblos, cuando menos, indiferentes el uno al otro. Y sin embargo, no será el buen sentido el que prevalezca, sino la voluntad ciega de una mayoría automática que tiene el derecho de obligarnos a matar y a morir.

¿Qué diremos de la organización del país? Es preciso vivir bien, y la vida social depende de las formas políticas adoptadas. ¿Preferiremos la república? ¿Aceptaremos la monarquía? ¿Optaremos por la centralización? ¿Seremos federalistas? La mayoría, la todopoderosa mayoría, decidirá. Si no quiero un rey, tendré que tragarlo. Si un presidente, tendré que apechugar con él por mucho que lo deteste. Si unitarismo y federación me repugnan de igual modo, cargaré pacientemente con la cruz pesadísima de su complicado mecanismo.

¿Y la cuestión de cultos? Tanto monta: crea o no, pagaré un culto y un clero y viviré y moriré en nombre de un Dios por la sapiente mayoría impuesto.

¿A qué amontonar más ejemplos?

Ya que la mayoría está capacitada para decidir sobre todas las cosas, debería estar impuesta en todas las ciencias. Mas su ignorancia es tan grande como ilimitadas son sus prerrogativas. Ella, a pear de todo, podrá imponer como regla de salud pública los mayores absurdos higiénicos. Ella podrá reglamentar las faenas agrícolas mandando que se siembre y se recolecte cuando se le antoje. Ella podrá llevar sus leyes al taller, a la fábrica y al hogar; y a la hora de la muerte y en plena agonía sus reglamentos acompasarán nuestra descomposición, siguiéndonos luego hasta dejar nuestros cuerpos siete codos bajo tierra.

Se nos dirá que no son tan ilimitados sus derechos.

No obstante, ¿puede negarse que la mayoría se nos impone desde que nacemos hasta que morimos? ¿puede negarse que higiene, trabajo, la existencia entera, por ella están reglamentados?

Y en fin, si sus derechos tienen límites, ¿quién los determina? Filósofos, metafísicos, teólogos de la ley del número inventarán prodigiosos escamoteos de la verdad; pero ¿quién habrá de fijar el límite sino

la mayoría misma? ¿Limitarse voluntariamente, cercenar su propio poder! Esta sí que es una obra de maravillosa prestidigitación!

Indudablemente, la ley de las mayorías no es la ley de la razón, no es siquiera la ley de las probabilidades de la razón. El progreso social se verifica precisamente al contrario, o sea por impulso de las minorías, o con más propiedad todavía, merced al empuje del individuo en rebelión abierta con la masa. Todos nuestros adelantos se han realizado por virtud de repetidas negociaciones individuales frente a frente de las afirmaciones de la humanidad. Cierto que ésta, aceptando luego la hipótesis individual, ha coronado siempre la obra; pero el impulso no ha venido jamás de las mayorías.

Contra la opinión de la multitud se descubrió un nuevo mundo y la tierra continúa dando vueltas y más vueltas por el espacio infinito. Contra la opinión de las mayorías la locomotora resbala sobre los carriles y la palabra vuela del uno al otro confín con rapidez vertiginosa. Pese al parecer de nuestros mayores se navega sin velas y sin remos y contra viento y marea. Y en fin, contra la opinión del gran número se surcará los aires y se navegará por las profundidades del Océano del mismo modo que en tiempo no lejano se levantará de las ruinas del mundo actual un mundo mejor, presentido por unos cuantos ilusos, entre cuyo número tenemos el honor de contarnos.

Y ¿no han caído contra la opinión de las mayorías los reyes absolutos? ¿No han sido destronados los reyes constitucionales? ¿No abandonamos también las repúblicas? ¿No hemos suprimido la esclavitud? ¿No hicimos otro tanto con la servidumbre? ¿No lo haremos muy pronto con el proletariado, última forma de dependencia entre los hombres? ¿No se registran en la evolución religiosa los mismos as-

pectos y modalidades, hasta el punto de que hoy el mundo pertenece a la negación del dogma, al libre pensamiento y al ateísmo, a pesar de los poderes religiosos todavía subsistentes?

Toda, absolutamente toda la historia, es una negación de la ley del número, de la bárbara, sí, de la bárbara ley del número. Cada paso que hemos dado ha sido en lucha abierta con los más. En ciencias y en artes, lo mismo que en política y economía, lo mismo que en la vida práctica, todo se ha hecho contra la voluntad y las decisiones de las mayorías.

Pasemos a otro orden de consideraciones.

Mañana, veinte, cuarenta, cien individuos constituyen una sociedad para fomentar la instrucción laica. Cada uno concurre con su fuerza moral, con su posición en la sociedad y con su dinero a la consecución de los fines que todos persiguen. ¿Podrá la mayoría disponer que al día siguiente todos los fondos y todo el valimiento de la agrupación se dedique a la enseñanza religiosa? Si no puede tanto, la ley del número queda negada, puesto que se la limita. Si puede realizar nuestra hipótesis, la ley de las mayorías es la ley de la fuerza y la ley del despojo erigida en principio de justicia.

El buen sentido dice que en todo caso si los miembros de una sociedad difieren en los fines, la sociedad debe disolverse. Cada cual quedaría así libre de asociarse con sus colegas en propósitos y satisfacer sus aspiraciones.

Podría ocurrir asimismo que estando los asociados conformes en los fines, no lo estuviesen en los medios. Podrían querer unos que la enseñanza se contrajese a individuos que reuniesen ciertas condiciones. Podrían querer otros que se la diese a todos sin diferencia alguna. ¿Sería razonable que dominase la restricción porque así lo quisiera la

mayoría? Si así fuese valdría tanto como levantar altares al privilegio y a sus mantenedores, poniendo por encima de la razón y del desinterés la ignorancia y el egoísmo. Y entonces, como siempre, la ley del número representaría el imperio de la fuerza y de la brutalidad.

A una diferencia tal de pareceres, ahora como antes, corresponde la disolución de la sociedad. Cada grupo quedaría en libertad de obrar como mejor le pareciere, y la experiencia demostraría a todos cuál era el mejor camino para llegar al fin propuesto.

A los reparos que pudieran hacerse sobre la inestabilidad de las asociaciones, contestaremos por anticipado que de la subordinación del pensamiento y de la conducta de unos socios a los de otros nada duradero ni práctico puede esperarse, y que siendo la experiencia la gran piedra de toque de todas las contiendas, siempre será preferible la multiplicidad de las prácticas a la limitación de las ya habituales. Por otra parte, entendemos que toda agrupación debe concretar bien y con claridad los fines para que se constituye y los medios que ha de aplicar, cuidando siempre de mantener la independencia personal completa. Si esto se hace, nada o casi nada habrá que resolver luego; y aquellas cosas de poca monta que son generalmente indiferentes a los socios porque su ejecución no vale la pena de dividir las opiniones, se las resolverá de común acuerdo y sin agitaciones estériles. Por lo general, en las sociedades reglamentadas y sometidas a la ley del número, no son las mayorías las que deciden estas pequeñas cuestiones, sino la voluntad de los más activos, sean pocos o muchos. En estas agrupaciones privadas la ley no tiene la trascendencia de un principio general, de una ley propiamente dicha,

ocurre, no obstante, lo mismo que en la sociedad política. Un pequeño núcleo de individuos lo arregla todo, de todo dispone y todo lo hace.

El que haya pertenecido o pertenezca a sociedades de recreo, de cooperación, de política, etcétera, habrá visto o verá producirse continuamente en su seno luchas violentas por verdaderas bagatelas. A pesar de la prometida ley, no se vive un momento en paz bajo la tutela sapientísima de las mayorías. Por la cosa más trivial se encrespan, se irritan y tratan siempre de imponerse, con razón o sin ella, casi siempre sin razón. Esto demuestra precisamente su arbitrariedad, pues que provoca y no tolera la rebeldía, y puesto también que, a su pesar, las cosas sociales marchan en el más completo desbarajuste, cuando de lo que se trata es exactamente de lo contrario.

¿Y nada nos dice la ineficacia de la pretendida ley? ¿Nada sus negativos resultados? ¿Nada sus mil perturbaciones?

¿Cómo explicarse la persistencia de la generalidad en afirmar y sostener la ley del número, no obstante tantos hechos y tantas pruebas que la destruyen?

Como se explican todos los errores humanos. De un lado por el interés de los favorecidos en educarnos en la preocupación. De otro por la preocupación misma heredada y transmitida de unos a otros durante siglos.

En último término, los más sinceros convienen en que es razonable cuanto se diga contra el régimen de las mayorías; pero no comprenden cómo pueden hacerse las cosas de otro modo en sociedad. Reconocen que el hábito de los andadores es pésimo y no se imaginan, sin embargo, la posibilidad de echar a andar sin ellos.

Apenas una ley es promulgada

FUERZA CONSCIENTE, revista ácrata. 30 céntimos número

por la mayoría, supuesta o real, multitud de descontentos pide que se la reforme, que se la modifique, y lo pide precisamente a los que la han redactado, votado y promulgado. Hágase o no la reforma, el caso es que la mayoría o sus representantes

se han equivocado, que se equivocan todos los días. Y es siempre a la una o a los otros a quienes se pide que deshagan un error que no tienen por tal.

R. Mella,

(Continuará).

Nobles, doctores y aldeanos

Probaremos antes qué tal cavan los duques y los sabios la tierra, y muelen los príncipes la harina de nuestro pan.

* * *

Para celebrar la entrada de un nuevo siglo, quiso el rey dar una gran fiesta. Mandó a contratar músicos que tocasen escogidos bailes, adornar espléndidamente los salones de su palacio y preparar en un amplio corredor un opíparo festín, compuesto de los más ricos manjares.

—Quiero—dijo a sus criados—que disfruten de la fiesta lo más posible. Permitid, pues, la entrada en mi palacio, no sólo a mis nobles, sino también a todos los doctores, sabios y demás hombres útiles de mi reino.

Vestidos con sus mejores prendas acudieron los hombres más ilustres de la nación, acompañados de sus esposas, príncipes, duques, marqueses y barones, licenciados en todas las ciencias, catedráticos de todas las Facultades y altos empleados de todas las oficinas.

¡Deslumbrante fiesta! La luz de mil lámparas centelleaba en los brillantes y topacios que lucían en el peinado muchas hermosas mujeres, y arrancaba de sedas y brocados destellos de múltiples colores. Llenaban el aire delicadas armonías.

Un pastor, un labrador y un molinero pasaron cerca del palacio, y, al oír la música, decidieron tomar parte en la fiesta.

Iban con sus mejores trajes, porque era domingo; pero, a pesar de

ello, cuando estaban ya a las puertas del gran salón, detuviéronles los criados.

—No podemos dejaros pasar—les dijeron.

—Pues ¿quiénes son los que hay dentro?—preguntaron los aldeanos.

—Los nobles y los hombres de ciencia y demás de reconocida utilidad en el reino.

—¿Quién nos ganará a útiles?—contestaron los tres compañeros.

—Pues no entraréis.

—Pues entraremos.

Y tal fué el alboroto que armaron, que el rey quiso enterarse personalmente de lo que ocurría, y cuando fueron los aldeanos llevados a su presencia, les dijo:

—¿Cómo os atrevéis a querer tomar parte en esta fiesta con esos trajes?

—Señor, no tenemos otros. Pero ¿dejaríamos de ser los que somos si nos vistiéramos de otra manera?—repuso el molinero, que era el más atrevido.

—¿Pretenderéis ser iguales a las gentes que tengo aquí reunidas?—gritó el rey.

—¿Por qué no?—replicó el labrador.

—Parecéis atrevidos. ¿No habrá entre tantos—exclamó el rey—quien convenza a estos simples de que éste no es su puesto?

Un príncipe se adelantó y dijo a los aldeanos:

—Somos nobles.

—¿Y por qué lo sois?—preguntó el pastor.

—Porque nacimos tales. Nuestra

nobleza es el premio otorgado por los reyes a los servicios o las heroicidades de alguno de nuestros antepasados.

—Más servicios que nuestros abuelos no prestarían los vuestros—dijo el labrador—: todos fueron labradores; y en cuanto a heroicidades, todos fueron soldados y a ninguno se fusiló por cobarde; vivieron muchos años, y todos trabajaron, por lo menos, más de medio siglo, sin otro premio que el pan de cada día.

Disgustó al príncipe la respuesta del aldeano y dejó su puesto a un ilustrado doctor, que comenzó diciendo:

—*Nosce te ipsum.* Conócete a tí mismo. Somos doctores.

—¿Y por qué sois doctores?—dijo el pastor.

—*Labor improbus omnia vincit.* El esfuerzo del trabajo todo lo vence. Hemos estudiado mucho. Nuestros padres gastaron un capital en instruirnos.

—Señal de que lo tenían—replicó el molinero.

Los nuestros no pudieron enseñarnos ni a leer. Sois doctores por suerte, como nosotros aldeanos.

—*Non omnia possumus omnes.* No todos podemos todas las cosas. Hay una ley que se llama la división del trabajo.

—Que consiste en que yo siembre y tú te comas lo que salga. ¿Quién te ha pedido que seas doctor? Tú has podido escoger y nosotros, no; he aquí todo—contestó vivamente el molinero.

—*Stultorum numerus est infinitus.* El número de tontos es infinito—dijo amoscado el sabio.

—Pues es extraño—replicó el labrador—, habiendo tantos sabios como tú. ¿Para qué servís, si no es para desentontarnos? Hacéis los

ignorantes y luego los rechazáis de vuestro lado porque lo son.

—*Tarde venientibus ossa.* Los que llegan tarde no encuentran más que los huesos—gritó el doctor, volviendo la espalda a los aldeanos.

Y echaron a los tres compañeros del baile sin más razones.

—*Ora pro nobis.* Yo no sé latín—exclamó, saliendo, el molinero—; pero recuerdo que el cura ha dicho alguna vez *memento quia pulvis es...*?, que viene a querer decir que somos polvo. Polvo son, como nosotros, los que de aquí nos han echado.

Venguémonos. Cuida tú de que los pastores abandonen desde mañana el ganado—dijo al pastor—, y tú, de que los labradores de la comarca no labren más tierra ni recojan desde mañana los frutos ni los cuiden; de que los molineros no muelan, me encargo yo.

No tenemos la boca delicada, y ya nos arreglaremos. No volveremos a trabajar hasta que no nos den el mismo jornal que ellos ganan con el latín y la nobleza.

* * *

Y a los pocos días, todo el ganado de la comarca moría de hambre, y los panaderos no tenían harina para hacer pan, y a la ciudad no iba ni una col.

* * *

Sabida la causa, los nobles y doctores buscaron al pastor, al labrador y al molinero y, llorando, les dijeron:

—Volved, volved al trabajo, que sin vosotros nos es la vida imposible, hombres útiles, hermanos queridos.

Y ellos contestaron:

—No trabajaremos sin probar antes qué tal cavan los duque y los sabios la tierra, y muelen los príncipes la harina de nuestro pan.

Francisco Pi y Arsuaga.

**Historia de la Revolución Francesa - Las Sectas
y las Sociedades Secretas a través de la Historia**
Están a la venta en la **LIBRERÍA FALCO**

Anhelos Hondos

Allá en el camposanto
que esmaltan las auroras de amaranoto
y las tardes de sándalo y carmín,
allá donde la hiedra
abraza con amor la cruz de piedra
anhelo ahora descansar al fin.

Allá donde los vientos juguetones.
columpian los rosales en botones
y lloran al pasar,
allá donde los lúgubres cipreses
me esperan hace meses
anhelo descansar.

En mi pueblo que doble la campana
bajo el oro del sol de la mañana

por este su nativo trovador;
en mi pueblo... y que manos cariñosas
me lleven a la huesa muchas rosas
cortadas con amor...

Mi cuerpo que se torne en pasionarias,
y que adornen las tumbas silenciarías
en las tardes de lumbre tropical:
es el único anhelo que hoy me inspira
y que siga la cruz siendo la lira
del alma mía que será inmortal.

Lisímaco Chavarría.

(Última composición del poeta costarricense que acaba de morir.)

La oreja de "Amargoso"

Artículo ofrecido como regalo al "Gallito" por su brindis de ayer tarde

Brindar la muerte de un toro es la ofrenda más valiosa que un español puede hacer a otro español. Los que tienen dinero recompensan el trabajo del torero con billetes de Banco o brillantes engarzados en aros de oro. Ayer, un lidiador famoso llamado el **Gallito**, excitado a ello por las imprecaciones de dieciocho mil almas, o cosa parecida, se quitó delante de mí su montera negra, me habló en un lenguaje que no entiendo, y después de matar un toro me envió la oreja del pobre animal. Entonces yo, correspondiendo a su obsequio, le arrojé una tarjeta con este extraño escrito, que debía conservarse para edificación de flamencos: "vale por un artículo en **El Pueblo**." ¿Y qué otra cosa podría yo ofrecer a un torero si no es uno de esos artículos míos en los que burla burlando doy a mi pobre patria el secreto de su degeneración? ¿Qué podría, en mi forzada miseria de intelectual español, regalar al torero célebre que en el término de dos horas gana seis veces mil pesetas?

Por eso, al escribir aquella tarjeta,

mientras las masas ululaban ebrias de sangre de caballo, mi mano temblaba de coraje y hubiera escrito en el pequeño espacio blanco un poema de indignación y vilipendio. Quien pensó herirme en el corazón al obligar al torero a un brindis que no sentía, logró su objeto y me dió una buena puñalada. ¿Cómo pensar que el **Gallito** habría de convencerme porque mató a **Amargoso** de una certera estocada? ¿Y cómo soñar yo que el **Gallito** pudiera jamás darse cuenta de que no mataba a un toro, sino a su misma patria? Nunca sería capaz de demostrar a ese lidiador que de las plazas de toros sale la epidemia del flamenquismo; nunca dejaría él de creer que una profesión que le reporta anualmente medio millón de pesetas no es un oficio indigno o perjudicial.

Pocos fueron los que comprendieron cuánta fortaleza de ánimo no es necesaria para presenciar desde un palco los caprichos del pueblo que se divierte. Hicieron bien los que me insultaron, los que silbaron, los que aplaudieron, los que a gritos pedían que hablara; se mani-

festaron como en realidad son, neurasténicos, hiperestésicos, histéricos. La histeria, sordamente, constantemente, en proporciones cada vez más espantables, va consumiendo a la raza. Los caballos se pisaban sus mondogos, sus asaduras; los rehiletes de pólvora envolvían a los toros en humo cárdeno; la plebe se agitaba convulsa deseando sangre y peligro; en estas condiciones ¿quién recordaría a los espectadores los aterradores datos que yo les ofrezco en mis conferencias? Pero yo, en cambio, les observaba fijamente a ellos como un médico y me convencía de que estaba ante una raza muy enferma de la médula y me afirmaba en la idea de que el torero, inconscientemente, es el causante de todas las desgracias nacionales. ¿Qué importa que esa burocracia del mal, tocada con sombrero de paja, se revoliera contra un joven y le insultara porque aquel joven, estudiándoles, había hallado las raíces de nuestra degeneración mental en la fiesta maldita? Lo que importa es el hecho del brindis, de la ofrenda de la oreja, del sarcasmo de ese regalo bárbaro y arcaico.

El país a quien se quiere noblemente salvar paga en esa moneda la labor de liberarlo de su vicio favorito: yo acepté la moneda con júbilo, como he aceptado las lágrimas, la peregrinación, el sudor, la impopularidad, no sin antes decirle a mi pueblo que las orejas que yo deseo son las tuyas, no las de los toros. **Gallito** es una víctima de su público. Inducido por él, me quiso demostrar que es fácil matar a un toro cuando se tiene una espada en la mano, siete toreros al lado, una muleta en la otra mano, la barrera y después de haber banderilleado y picado y torreado al desgraciado animal. Cuando **Amargoso** murió, ese público premió la faena con un gigantesco aplauso, protesta colosal a mis conferencias, artículos y palabras.

Y bien: ¿Qué significa esta pro-

testa del público, ese canto de triunfo de diez y ocho mil almas? ¿Qué quiere decir la ofrenda de la oreja del toro sacrificado en irónico holocausto a la defensa que yo hago de su valor, nobleza y mansedumbre? Quiere decir que tengo la razón y no tengo la fuerza; quiere decir que España es el país de la majeza y la cobardía. Por qué no contestan en los periódicos a mis argumentos con otros? ¿Por qué no oponen razones a los guarismos e ideas que yo noblemente expongo, y a falta de ellos me contestan con burlas, chistes, sandeces y vaciedades?... **Bombita** dice a mis réplicas:—No creo que haya en mi profesión eso que usted dice.—**Machaquito** afirma solemnemente:—Mientras las empresas y el público me favorezcan, seguiré en mi profesión.—**Gallito** mata delante de mí un toro, en cuyo acto yo leo su afirmación rotunda de que matar un toro es la cosa más bella de este mundo, y desde luego, la más productiva. ¿Qué haría ante estos argumentos un hombre inteligente? Conducirse como se obra con los niños mal educados: guardarse la oreja en el bolsillo y seguir predicando con mayor energía que antes, sin contemplaciones, empezando por aconsejar al **Gallito** se retire a sus lares y no contribuya a la degeneración de la patria que él, sin duda alguna, ama como yo.

La hiperestesia del espíritu nacional ha llegado a extremos espantosos. Mujeres y hombres se estrujan en las Plazas de toros, gritan, discuten, aplauden, injurian, se agitan y es el único punto en que manifiestan alguna energía, la vana energía de las masas que imponen por su número y hacen reír por su infantilismo grosero y hueco. ¿Qué creería dar con su oreja el buen pueblo que tiene doce mil millones de pesetas de Deuda y no puede pagarlos? ¿Qué batalla creería haber ganado el pobre pueblo del barranco del Lobo? **Gallito** debía saber, si ese joven leyera, que los públicos que

le aplauden, le miman y hasta van a presidio por defender una faena suya, están muy enfermos de una enfermedad que sólo pueden curar los cirujanos de hierro. ¡Los cirujanos de hierro!... España se ha creído que esos hombres cuando aparecen son tan débiles que fracasan ante la burla o el escarnio. Ignora la desgraciada España que se ama tanto más cuando más se convence la inteligencia de que tal país está imbécil de remate.

Ese pueblo que se burla, ese pueblo que se encarnece podrá conquistarlo todo menos que se le ame cada vez más y que por adorarla se exponga el corazón a sus puñaladas. **Gallito**, si leyera, si supiera los centenares de razones, datos e inventarios que yo doy cuando hablo contra el flamenquismo, le habría temblado la mano de emoción al regalarme su ofrenda y no me hubiera dedicado la muerte de uno de esos animales tan útiles a la agricultura y que aunque él no lo crea son perfectamente domésticos y no espantables fieras. Pero **Gallito**, como mi pueblo, no lee y cree que yo soy un detractor vulgar de esa fiesta y me prueba su valor o su destreza como Dios o Cúchares le dan a entender, cuando

sería mejor que, leyendo, tomara nota y estudiara los males que causa la afición torera a nuestra patria y tuviera para el joven que los analiza toda clase de respeto.

¿Hay error? Pues a demostrarlo. ¿Hay equivocación? Pues a discutirlo. Pero demostrar el arte, la utilidad y la beneficencia de los toros haciéndoles polvo y ofreciendo orejas, es un rasgo pueril, flamenco y llamativo que nadie puede tomar en serio si no es para denigrarlo. Brindar un toro es el rasgo más español e implica cierto género de agradecimiento o cortesía. Ciertamente no quita lo valiente. He aquí el artículo ofrecido. Nunca me consolaré de haber empleado las columnas de un periódico en pagar la ofrenda de una oreja de toro. Si las odas de amor, en España, deben escribirse al dorso de un billete de Banco, estos artículos debían imprimirse al pie del acta consular en la que el autor se nacionalizara extranjero. Pero, a pesar de la oreja, hay Noel para rato, y presumo que serán necesarios muchos trofeos de esos para que yo me convenza de que mi patria está irremediablemente perdida.

Eugenio Noel.

Suicidio de un poeta

León Deubel era un joven poeta francés, al parecer bastante protegido de las Musas. En los crepúsculos vespertinos, se iba a orillas del Sena, pulsaba la lira, daba rienda suelta a su estro y... luego, llevando en los bolsillos algunos sonetos, se marchaba a dormir, sin cenar, sobre un miserable banco público. Pero como el hombre, ni aun siendo poeta, no se alimenta solamente de céfiros, llegó un día en que nuestro vate, desesperado y hambriento hizo añicos la lira y se zambulló en el caudaloso río, cuyos murmullos tantas veces le habían turbado el numen.

Así, escuetamente narrado, el hecho encierra un laconismo doloroso. A través de él se ve la lucha del hombre contra el hombre, la más cruel de cuantas sostiene nuestro instinto de conservación. Y se ven los amigos que se esquivan, el transeunte que se aparta con desdén al notar el aspecto enfermizo que la falta de alimentos da a nuestro rostro... Todo esto se vislumbra lo mismo que los mil titubeos tenidos por el suicida antes de cometer alguna baja que acaso le pudiera proporcionar el mendrugo... ¿Bajeza he dicho? Sí; baja. Porque el hombre, cuando carece de pan,

recurre a todo; sabe adular, sonreír afablemente, inclinarse... No en vano hemos sido domesticados e imbuidos de una moral cristiana y absurda.

¡Un hombre que muere acosado por el hambre! ¿Hay nada más horrible? Y, sin embargo, parecería cursi indignarse. El hecho está a la orden del día. ¡Cuántas tragedias pasan inadvertidas, análogas a la del joven poeta! ¡Cuántas vidas desaparecen diariamente en el torbellino de la lucha por la existencia, sin haber tenido siquiera el honor de ser señaladas en el mísero rincón que los periódicos dedican a los **hechos diversos!**

El hambre es un monstruo que está en acecho de los hombres independientes. León Deubel, que era

uno de éstos, ha perecido entre sus garras. La muerte del hombre en semejantes condiciones es ya un suceso sensible; pero si además, como parece, hay que lamentar la pérdida de un poeta auténtico, es el momento de exclamar, como el otro, que los buenos se van mientras... quedan entre nosotros toda una serie de bardos pasados por agua, faltos de virilidad y exhaustos de talento. Sin duda, si León Deubel hubiera templado la lira para dedicar odas a soberanos y madrigales a princesitas tristes y pálidas, hubiera sido otra su fortuna. Quiso ser independiente y elevarse sobre la frivolidad de sus contemporáneos, y de ahí su desdicha.

Así va este pícaro mundo.

Noé Desmenjes.

Para que se compare

Cómo se conducen los "Civilizados"

De varios periódicos diarios cortamos y pegamos los siguientes telegramas:

"La operación fué habilísima: se llevó a los rebeldes a un terreno a propósito para que maniobrara la caballería, y envueltos por ambas columnas, se les hizo durísimo fuego de cañón y de fusil.

Después los persiguieron los escuadrones de las tropas regulares indígenas de Melilla, que completaron el triunfo haciendo, además, grandes destrozos, pues incendiaron todas las mieses del campo enemigo."

* * *

"Ante el ímpetu de las tropas regulares indígenas, los cabileños huieron a la montaña, pero fueron perseguidos hasta sus aduares, donde cayeron muertos a montones.

Los soldados indígenas cortaron hasta 75 cabezas, metiéndolas en sacos para llevarlas como trofeos de guerra.

Después, cuando redujeron a ce-

nizas los aduares, las mujeres, aterrorizadas, huían con sus hijos en brazos."

* * *

"El bombardeo fué terrible. El **Reina Regente**, sobre todo, hizo destrozos enormes con el fuego de su artillería.

Los disparos hicieron primero contra la aldea El Hamna, siguiendo luego a Belaixir, Gabubin, Hasania, Aguetan y los aduares de Taala. También ha sido destruido el fondak de Z'Drara.

Han sido arrasadas muchas casas, destruidos muchos sembrados y muerto una gran cantidad de ganado.

Los cabileños y sus familias huían desolados, internándose en las montañas.

El **Reina Regente** hizo 320 disparos de cañón. Las casas saltaban al impulso terrible de las granadas; los peñascos también saltaban, hechos añicos, mientras los aduares eran reducidos a escombros e incendiados.

El destroyer **Audaz** se acercó a 500 metros de la costa, donde vió varios cárabos, a los que cañoneó, destruyéndolos.

Otros cárabos que se hallaban tripulados por rifeños también recibieron las granadas del **Audaz**, que los echó a pique."

* * *

"Un soldado del regimiento del Serrallo, que se hallaba en completo estado de embriaguez, se dirigió a una casa moruna cercana a nuestro campamento del Rincón, matando a un moro anciano y a una niña de dos años e hiriendo de gravedad en el cuello a otro indígena, para todo lo cual se valió de una pistola browning."

Cómo se conducen los "Salvajes"

Todos los corresponsales de la Prensa que se encuentran haciendo información en el campo de operaciones, convinieron en que los rifeños de Alhucemas "invitaron al comandante del **General Concha** a que abandonara el buque, ofreciéndoles respetar en tal caso la vida de todos los tripulantes".

* * *

Párrafos de cartas escritas por los prisioneros del **General Concha**:

"... Lo que nos hace falta es dinero para poder comprar huevos o carne y otras cosas, porque, a pesar de que este moro lo está haciendo muy bien con nosotros, tiene pocos recursos."

"El moro Abdelkrim y los demás moros amigos se han disgustado porque mandamos pedir dinero para nosotros y de todo lo que necesitamos, y se están portando muy bien."

* * *

He aquí cómo se hizo la entrega de los cautivos:

A la una de la madrugada se acercó un bote a la plaza de Alhucemas, y previa la señal convenida,

se le dejó atracar al desembarcadero.

En la embarcación venía el maquinista Silva, que vestía chilaba, En seguida pasó a bordo del cañonero **Lauria**.

Ya a las ocho de la mañana, apareció otra barquilla moruna, que conducía al aprendiz de maquinista Fernando Castelló que, como el anterior, venía ileso.

El vecindario tributó a los rescatados un cariñoso recibimiento.

Ambos confirmaron que los moros los habían tratado muy bien durante su cautiverio."

De "El Libertario"

"Oh, los programas, los métodos, las disciplinas, los deberes, las gerarquías, la organización escolares!... Oh, el respeto al maestro que empuña la palmeta, castiga al escolar, pena al que no sabe la lección impuesta!... Oh, todo lo sacrosanto que tiene eso que se llama enseñanza pública o privada!... Si lo viéramos con los ojos del niño, si lo sintiéramos como lo sienten los corazoncitos lacerados, ofendidos por tanta aparatosisidad; si sufriéramos las crueldades que proporciona al escolar!... Si comprendiéramos toda su repugnancia ¡Pobre escuela... Entonces sí que se renovaría presto!

Germina Alba.

* * *

"La sociedad y el Gobierno difieren en sí mismos y por sus orígenes. La sociedad resulta de nuestras necesidades y el Gobierno de nuestros hechos. La sociedad es en todas partes un bien, y el Gobierno, aun en su mejor forma, es siempre un mal necesario."

Shaftesbury.

("Le sens commun", pág. 1.)

F. Sempere y Cía., de Valencia, nos ofrecen una nueva obra de Eugenio Noel.

"Fruto de la activa y valiente campaña que el autor sostiene contra la tauromaquia y su secuela el flamenquismo es el presente libro, que ha merecido unánimes elogios de todas las personas de buen gusto, por el altruismo de la propaganda y por la vasta cultura del autor, puesta al servicio de una causa tan justa, digna del apoyo de todos los amantes de la regeneración de España y de América."

Nuestros lectores aplaudirán, seguramente, la reproducción que hacemos de los capítulos *Ante una imagen de Nicolás Salmerón* y *La oreja de "Amargoso"*.

Fiat Lux, México, Año I, No. 1, órgano de la unión de conductores, maquinistas, garroteros y fogoneros.

"*Fiat Lux*, órgano de luz para los ferrocarrileros, trabajará porque la verdadera Unión sea hecha, impulsando a los descarriados a que vuelvan sobre sus pasos y se compenentren de su triste inutilidad como seres aislados."

La Escuela Popular, revista mensual, órgano de la Liga de Educación Racionalista de Buenos Aires.

Esta Liga acepta como principio de acción y base de su obra que: El problema de la educación debe ser considerado desde el punto de vista individual, por lo tanto:

a) La escuela debe preparar en cada educando un elemento útil a la colectividad, y siendo el progreso la condición de vida de ésta, hará de cada niño un hombre susceptible de concebir un ideal del mejoramiento integral de la vida, orientará los espíritus en formación hacia el futuro, no hacia el pasado.

b) La instrucción no es todo; sola no forma sino eruditos. Debe intentarse el desarrollo equilibrado y armónico de todas las aptitudes y

tendencias útiles para formar al hombre sano, de mente clara y sin perjuicios, cuya vida moral tenga por base el sentimiento de solidaridad social.

c) Todo sistema de educación debe partir del conocimiento exacto de la naturaleza física y psíquica del niño e inspirarse en los métodos de la ciencia.

d) La verdad aceptada y demostrada, dentro de su carácter relativo, lo inspirará desechándose por lo tanto, todo dogma, todo hecho que no tenga otro apoyo que la autoridad o la tradición.

e) La escuela no debe imponer, debe demostrar y persuadir; despertar la inteligencia; estimular el raciocinio, hacer que en cada sujeto se afirme una individualidad.

Secretaría: Alsina 1565 1er. piso

Cultura obrera, órgano sindicalista comunista del obrero de Cuba. (Habana, Calle de Paula, No. 2.)

L'action d'art, 138 Avenue du Maine, París.—En el No. 8, que tenemos a la vista, Andrés Colomer reproduce notas contra Henry Bordeaux, Marcel Prévost y Jean Richepin.

Cantos de vida, por F. Domínguez Pérez, Cuba.

Veamos unas estrofas, página 25:

No sufras tú ni pienses en que sufro
Ni trates que abandone mi quimera;
Déjame proseguir "siendo un iluso"
Cantando las grandezas de la idea.

Goza tú lo que puedas y no pienses
En que soy "Miserable por que quiero"
Que si la vida hoy me brinda sus reveses
Mi ideal es sublime y justiciero.

No llores por mis cosas, madre mía,
La vida es desigual para las almas;
Hay quien goza de dichas y alegría
Y quien sufre miserias y desgracias.

Si combato y maldigo, también amo
Nunca entiendas las cosas al revés
Si airado contra el mundo me proclamo
Todo tiene en la vida su por qué.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas
A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zafacaín el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El reflujó, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne.
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.